

EL ELFO QUE GUARDABA LAS CARTAS DE DAMIÁN

Había una vez,
en un lugar donde el invierno
se pone bufanda
y las chimeneas
aprenden a hablar,
un elfo pequeño,
con manos grandes
y corazón de buzón.

Se llamaba **Carterín**.

Carterín no fabricaba juguetes,
ni lijaba trenes,
ni cosía osos.

Carterín tenía una misión
mucho más delicada:

**recoger las cartas
para pedir los regalos a Papá Noel.**

Cartas con sueños envueltos en sobres.
Cartas con letras torcidas.
Cartas que decían:
“Querido Papá Noel,
me he portado regular,
pero te prometo mejorar”.

Y, entre todas,
había unas cartas especiales.

Las cartas de **Damián**.

Damián escribía despacio.
Pensaba mucho.
A veces borraba.
A veces dibujaba estrellas
cuando no sabía cómo explicar un deseo.

Carterín conocía su letra.
Sabía que cuando Damián pedía poco
era porque pedía de verdad.

Por eso, cada diciembre,
el elfo viajaba desde el Polo Norte
hasta **Carbajosa de la Sagrada**,
recogía las cartas
y las llevaba a Papá Noel
como quien lleva un tesoro frágil.

Pero el año pasado,
Carterín no vino.

No porque no quisiera,
sino porque **se jubiló**.

—Me jubilo —dijo—.
Como los pastores,
los carteros de pueblo,
los zapateros remendones.
Como los oficios
que nadie aprende
porque nadie los enseña.

Y cerró su saco.

En Carbajosa,
las cartas se quedaron quietas.

Quietas en mochilas.
Quietas en mesillas.
Quietas en el corazón.

Damián fue el primero en notarlo.

—Mis cartas no vuelan —dijo—.
—No hacen ruido de nieve.

Los niños escucharon.

Porque cuando un niño escucha a otro,

pasan cosas importantes.

—Tenemos que buscar al elfo —dijeron—.

—Y decirle que esto no puede acabarse.

Así nació la **delegación**.

Cinco niños.

Una brújula de juguete.

Una carta doblada cuatro veces.

Y un objetivo claro
como noche de luna llena.

Llegaron al Polo Norte
con frío en la nariz
y calor en la idea.

Carterín abrió la puerta
con cara de domingo.

—Ya no trabajo —repitió—.

No hay quien me sustituya.

El oficio se muere.

—No —dijo Damián—.

No se muere
si se comparte.

Y entonces contaron
cómo habían encontrado
al nuevo elfo.

Lo habían hallado
en el bosque cercano al pueblo,
donde los árboles
aún saben escuchar.

Era un elfo joven,
de hojas en el pelo
y barro en las botas.

Se llamaba **Ramín**.

Ramín ayudaba a los animales,
guardaba secretos
y soñaba con hacer algo útil.

—Quiero aprender —dijo—.
Quiero llevar cartas.
Quiero saber
cómo se cuidan los deseos.

Carterín lo miró
como se mira
al futuro.

Y aceptó.

Durante días y noches,
el elfo jubilado enseñó.

Enseñó que una carta
no se lee con los ojos,
sino con el respeto.

—Esta es de Damián —decía—.
Mira cómo escribe.
No pide juguetes,
pide tiempo,
pide abrazos,
pide esperanza.

Le enseñó a distinguir
un deseo de moda
de uno necesario.

A caminar despacio
para no romper la magia.
A no reírse de las faltas,
porque las faltas
también son verdad.

—Este oficio —decía Carterín—
no es ir rápido,

es ir atento.

Y Ramón aprendió.

Aprendió a escuchar.

Aprendió a esperar.

Aprendió a cuidar.

Cuando llegó Nochebuena,
Carterín colgó su gorro
en la pared.

—Ahora te toca —dijo.

Y Ramón fue a Carbajosa.

Recogió la carta de Damián.
La sostuvo como quien sostiene
un copo de nieve único.
Y la llevó a Papá Noel.

Los regalos llegaron.
Las sonrisas también.

Y el oficio siguió.

Porque las tradiciones
no se heredan solas.
Se enseñan.
Se acompañan.
Se pasan de mano en mano.

Y desde entonces,
en Carbajosa,
los niños saben
que la magia
también necesita relevo.

Fin



Fdo. DAVID SÁNCHEZ LÓPEZ

19/12/25